

El desarrollo del subdesarrollo: las influencias imperialistas y los dogmas económicos actuales

The development of underdevelopment: imperialist influences and current economic dogmas

Raúl Ruíz Beltrán

Correspondencia:
raulnuevecinco@hotmail.com
Instituto Mora – Estudiante de la
Maestría de Estudios Regionales

Fecha de recepción:
22-julio-2022

Fecha de aceptación:
07-noviembre-2023

Resumen

El objetivo de este artículo es el de discutir el concepto de subdesarrollo a partir de los análisis teóricos que se han hecho sobre el mismo. Así pues, se parte de la idea de que el subdesarrollo no es un estado de transición, ni un punto de partida, sino de una forma de ser, sin la cual el desarrollo de las zonas centrales no puede darse ni mantenerse. Más exhaustivamente, el subdesarrollo es un proceso que tiene su origen en el imperialismo europeo, que reproduce la miseria, la explotación y la sustitución de las personas reales por los dogmas económicos que impulsan la comunidad financiera de las zonas centrales.

Palabras clave: subdesarrollo, imperialismo, colonización, desarrollo, capitalismo, comunidad financiera.

Abstract

The objective of this article is to discuss the concept of the underdevelopment based in the theoretical analyzes. The main idea is that underdevelopment is not a state of transition, is not a starting point, but rather a way of being, without which the development of the central areas cannot occur or be maintained. More comprehensively, the underdevelopment is a process that has its origins in the European imperialism, which reproduces misery, exploitation and the replacement of real people by the economic dogmas promoted by the financial community of the central areas.

Key words: underdevelopment, imperialism, colonization, development, capitalism, financial community.

Introducción

Para nadie debe ser una sorpresa en que se vive en una realidad abrumadora, en donde todo se puede llegar a convertir en una mercancía o en un dato, y es que, a decir verdad, las ansias de comprarlo todo, experimentarlo todo y saberlo todo, han provocado tanto la ruptura del espacio público y privado como la pérdida de nuestra capacidad de asombro. Si bien, los sentimientos siempre están a flor de piel, estos no siempre pueden aglutinarse en un movimiento de gran envergadura; o bien, en momentos de reflexión que puedan dilucidar la complejidad de la sociedad actual.

El mundo, tal cual es, parece incuestionable, y si ya es difícil explicar la experiencia vivida en una sociedad que está atravesando por una parálisis de elección, es más complicado poner en cuestionamiento los conceptos utilizados a diario. Así pues, en una sociedad como la actual, donde la tragedia se convierte en un producto mostrado a todas horas, no es sorprendente que las discusiones teóricas puedan verse reducidas a nada más que eventos fortuitos y explicaciones sencillas. Bajo estas circunstancias, el subdesarrollo bien puede quedar disminuido a un estigma, un estado de transición, un punto de partida o una situación que es producida por la ignorancia, la mala fortuna o el conformismo.

Pero no hay nada más alejado de la verdad: el subdesarrollo forma parte de la estructura global; es producto del imperialismo europeo y tiene más de 500 años enriqueciendo a las zonas centrales en detrimento de las zonas periféricas. Sin ánimos de ser reiterativos, el subdesarrollo no es un punto de partida o de transición, es un estado permanente de explotación sin el cual el desarrollo no puede darse, pues la ganancia de unos es la pérdida de otros.

Más exhaustivamente, el subdesarrollo convierte a las zonas periféricas en lugares de incertidumbre; es decir, de impotencia, donde no se puede tomar en cuenta los riesgos de cada decisión económica, ni las consecuencias que se generan al adoptar los estándares de vida de las zonas centrales. El subdesarrollo bien puede considerarse como un arte de gobernar, no solo destruye los saberes y las prácticas de una comunidad, también sustituye a las personas reales por modelos económicos sacados de libros de texto y no necesita de hacer uso de una capacidad de destrucción, de muerte, pues para mantener a raya a los países subdesarrollados basta con amenazarlos de quedar fuera del sistema financiero y los préstamos que administran las instituciones de los países desarrollados.

Una realidad abrumadora

El capitalismo actual asimila todo lo que toca y lo convierte en mercancía (Wallerstein, 2016), incluso aquello que se podría pensar que es invendible se materializa y se puede encontrar en un anaquel de supermercado; la belleza, la juventud, el amor, la inteligencia, la seguridad, la justicia, los sentimientos, las sensaciones e incluso el sexo, la sangre y el drama son un buen producto, se venden en cualquier parte en forma de signos u objetos con su propia fecha de caducidad y número de autenticidad (Bauman, Zigmunt y Tester, Keith, 2002; Bourdieu, 2016; Baudillard, 2016).

Por otra parte, y como enfatiza muy bien Bourdieu (2016): los medios de comunicación han hecho de la tragedia un buen producto; por esa razón, siempre hay un escándalo, un chisme, un acontecimiento deportivo, un tropiezo en el sistema político, un desastre natural, un incendio o un accidente del cual hay que preocuparnos, mostrar interés, sentir una emoción, o simplemente decir o pensar algo. Con todo, es de notar que los medios de comunicación contribuyen muy poco con la verdad y con la libertad de expresión. Todo lo contrario, están dirigidos y sometidos al rating, la competencia, una agenda directiva e intereses políticos y económicos.

Para Martín Barbero (2010), los medios de comunicación tienen fines, y son una institución encargada de la construcción de discursos públicos hegemónicos que la mayoría de las veces, y de manera paradójica, se encuentran del lado de los intereses privados y económicos; por ello, son extremadamente subjetivos, al grado que Bourdieu (2016) recalca que “muestran”, “mientras ocultan”, es decir, materializan un discurso y una sola manera de ver y contar lo que se ve, es por eso, que presentan hechos; pero de forma fútil o dramática; tratan un tema, pero lo analizan según su propio criterio y lo presentan de una manera que parezca alarmante o insignificante; dan opiniones, pero hacen a un lado las cosas importantes o difunden comentarios de invitados “apropiados”, cuya voz, de alguna manera, siempre es conveniente, aceptable, moderada o útil, es decir, que sirve a un propósito, incluso, si se trata de un linchamiento político.

No hay que subestimar el poder que los medios de comunicación ejercen sobre la población, aunque suave, nadie es inmune a las imágenes de calamidad, de hambre y de muerte que se exhiben a todas horas, y aun cuando asombran o enfurecen, lo cierto es que, los reportajes sobre las manchas solares, los polos derretidos, las islas de basura, los gatitos

atrapados en las copas de los árboles o los niños que faltan a la escuela para protestar contra el calentamiento global tienen un efecto efímero en la sociedad.

No hace tanto que Adorno dijo que “Escribir poesía después de Aushwitz es aberrante” (como se citó en Žižek, 2009, p. 13); como Nietzsche (2012), se refiere a que hay ideas que por su naturaleza tan horripilante y desagradable son completamente inexplicables. La libertad que disfruta la prensa está sumamente desmedida y es más sencillo convertir la tragedia en un producto. Hoy, sin embargo, habría que decir que convertir en mercancía las atrocidades humanas es simplemente monstruoso.

Hay una lección histórica que choca directamente con esta época de excesos; según Foucault (1992), la sociedad está tan obsesionada con el saber que está dispuesta a poner en riesgo su propia existencia. En ese esfuerzo, Arcand (1993) infiere que se quiere saberlo todo, experimentarlo todo y explorarlo todo, desde la inmensidad del espacio, hasta la profundidad del átomo, desde la intimidad de una persona en un talk show, hasta llegar a vislumbrar las entrañas en un video pornográfico.

Es evidente que hay una inminente ruptura entre el espacio público y privado, que los límites y las fronteras de lo prohibido son irreconocibles, no hay espacio para los secretos y los sentimientos privados; en su lugar, la intimidad ha cobrado relevancia, la sinceridad sin freno, la confesión pública y la renuncia a la privacidad, no solo se han convertido en un rasgo de autenticidad y glamour para la sociedad del espectáculo, sino que también han exacerbado la indiferencia hacia la vida de otras personas y convertido a la intimidad en un producto valioso, costoso y digno de un intercambio mercantil. No cabe duda, es el final de la vida pública (Bauman, Zigmunt & Tester, Keith, 2002).

Más exhaustivamente, para la industria cultural, comerciar con el lado más crudo y nefasto de la miseria, la guerra, el desastre, la peste, el odio o el hambre, no representa ningún inconveniente. Cada día, festivales de cine, fotografías, charlas motivacionales, Organizaciones No Gubernamentales, millonarios altruistas y líderes religiosos venden, premian, exhiben, lucran y se benefician de y con los infiernos que hay en la tierra; es decir, aquellos lugares donde hay una escasez o una completa ausencia de agua, electricidad, alimentos, trabajo, infraestructura, medicinas, gobierno o Dios. La beneficencia publicitaria siempre exige miles de voluntarios, millones de dólares y toneladas de alimentos para brindar consuelo y llevar esperanza a los marginados. Aun así, la ayuda sigue siendo insuficiente, pues el discurso de la desgracia solamente produce un efecto pasajero que alivia los sentimientos

heridos de los privilegiados y refuerza la intervención en los países subdesarrollados. El dogma de la miseria termina por reducir al subdesarrollo en un estigma, donde se evita responsabilidades y se encuentran justificaciones para la situación que experimentan las zonas marginadas que, curiosamente, siempre se achacan a la “mala fortuna”, la “ignorancia”, la “conducta irracional”, el “conformismo” o la “desidia” de esas zonas (Bauman, 2004; Žižek, 2017).

Según el punto de vista de Said (2014) y Bourdieu (2016), los medios de comunicación dramatizan la realidad y llevan a cabo una política del detalle que le da legitimidad a acciones que podrían considerarse cuestionables, y aunque es verdad, pueden despertar sentimientos de solidaridad, confusión y agobio; y otras veces, reacciones agresivas y deprimentes que en el mejor de los casos culminan en movimientos humanitarios. La verdad desnuda es que estos no generan un cambio social, político o económico de gran envergadura. Según Nels (1981); la información que se difunde es impersonal, no hay una conexión directa con las experiencias de otras personas y, por lo tanto, no puede haber un sentimiento duradero y genuino de solidaridad (Bauman, 2004). De acuerdo con Bourdieu (2016), la información que presentan los medios de comunicación es inútil, no inspira una solución ni ayuda a los ciudadanos a tomar mejores decisiones, o a ejercer sus derechos democráticos, más exhaustivamente, las noticias dan forma a una sociedad que, según Žižek (2009), le da más importancia a la acción que a la reflexión.

Ocurre también que aun cuando los medios de comunicación no son la única fuente de información, la proliferación de los centros de investigación y museos, las toneladas de libros y el sinnúmero de exposiciones culturales no han hecho más que reducir todo a una base de datos que incentiva una realidad abrumadora, excesiva y contradictoria, pues todo cambia constantemente, los sucesos se desconectan tan abruptamente del espacio y del tiempo que es imposible pensar en alternativas (Le Brun, 2004).

Las contradicciones ebulen y lo inundan todo, la máscara de Jano ha dejado de ser la imagen de una deidad romana y se ha convertido por excelencia en la metáfora de la ambivalencia, la incertidumbre y la complejidad diaria (Lipovetsky y Serroy, 2015). Es una era de post-verdad y de irracionalidad racional que ha dado vida a un lenguaje pseudo-científico que no encuentra ningún impedimento por el cual, y por medio de argumentos científicos, se pueda vender un producto, justificar una ideología, construir un arma, fundar una religión o iniciar una guerra. Esta sociedad sufre una parálisis de elección, no hay lugar

para la reflexión sobre el presente inmediato, el mundo tal cual es, parece incuestionable que no encontrar nada extraño en conceptos tan debatibles como el subdesarrollo (Le Brun, 2004).

El imperialismo europeo y el subdesarrollo

Es una opinión muy común, la de imaginar a la sociedad en términos jerárquicos y con estándares evolutivos y progresivos sin ningún límite; y aun cuando, según Wallerstein (2016), no existen argumentos suficientes para inferir si una sociedad es peor, o mejor que otra, el desarrollo, como concepto, no ha dejado de definirse bajo connotaciones valorativas y materialistas a tal grado de que el subdesarrollo económico ha querido explicarse, según Martín Barbero (2010), con base en las diferencias culturales.

Para Bauman (2002), no hay nada peor que ser pobre en una sociedad que se enriquece sin ningún freno y que no deja de producir diferencias a un alto costo. Ahora bien, nadie duda que gracias a los conocimientos técnicos y científicos de la modernidad occidental se han logrado erradicar algunas enfermedades, pero al mismo tiempo, se ha acelerado la capacidad destructiva; es verdad que la industria confecciona productos que permiten un alto nivel de vida que jamás se ha visto en la historia del mundo, no obstante, nunca se ha experimentado tanto vacío en los trabajadores por efecto de la alienación; finalmente, y como lo recalca Wallerstein (2016), es innegable que las libertades de la sociedad actual han aumentado considerablemente, sin embargo, la destrucción de modos de vida como de saberes sociales se ha acelerado tanto y de manera tan alarmante a causa de la liberalización de los mercados, que es imposible no tomar en cuenta que la pérdida de la tradición también significa la pérdida de refugio.

No hay que olvidar que, en el mundo, el poder es más ambiguo; el Estado, como dice Michel Foucault (1992), ya no es la única forma de ejercer el poder, y dado que este se desplaza y se extiende en fenómenos globales, no hay duda de que puede llegar a consolidarse en un sistema económico, como el subdesarrollo. A decir verdad, el propio Foucault (2007) consideraba al liberalismo como una tecnología de gobierno, un arte de gobernar; es decir, una forma para poner al Estado bajo la vigilancia del mercado e intervenir en el orden económico en forma de ley. Además, se tendría que considerar al subdesarrollo como un saber con efectos de poder, una racionalidad gubernamental que hace uso de la economía, y la convierte en una estrategia económica para que las zonas centrales se enriquezcan en

detrimento de las zonas periféricas. Después de todo, Soja (2014), es quien dice que el subdesarrollo es un proceso geográfico de dominación.

Dado que para Elías (2018), el análisis científico está más allá de ser solo una mera descripción, una colección de hechos y calificaciones morales, es necesario decir que la explicación más coherente, original y profunda sobre el subdesarrollo pertenece a Rodolfo Stavenhagen (1974), y se reduce a dos premisas: primero, la estructura social global es producto de un solo proceso histórico con diferentes momentos de estancamiento económico, político y social. Segundo: el subdesarrollo forma parte de esa estructura social global y, por lo tanto, no puede considerarse como un punto de partida, tampoco como un estado de transición, que culmina más tarde que temprano en el desarrollo. Más bien, se trata de un estado permanente y fruto de una ideología europea que tiene más de 500 años expandiéndose por todo el mundo -el imperialismo europeo- que produce un sistema económico y de poder (el subdesarrollo) sin el cual el desarrollo no puede darse.

El análisis de Said (2014) sobre el colonialismo europeo destaca por ser una ideología racial y cultural constante aun en Occidente, con su génesis en la filosofía política del imperialismo, cuyo objetivo es dar legitimación a la expansión territorial europea. Según sus propias palabras:

Obtener un imperio significa obtener y mantener un dominio, lo que incluye una serie de operaciones, entre ellas, establecer un área, aumentar sus habitantes, y tener poder sobre sus ideas, su gente y, por supuesto; su tierra, convirtiendo a la gente, la tierra y las ideas a los objetivos, y al uso de un diseño imperial hegemónico; y todo ello como consecuencia de tratar la realidad de forma “apropiativa. (Said, 2014, p. 128)

Bajo esa misma idea, Said (2014) sostiene que el colonialismo –que es la práctica de la teoría imperialista– considera “inferior”, “marginal” e “irrelevante” todo aquello que no es europeo, la idea entre lo ajeno y lo propio no existe, solo el reclamo; de tal modo que se considera a la población “autóctona” como “salvaje” e “incapaz”, y a la tierra se le define como “vacante” o “vacía”; o bien, “descuidada” o “difícil de trabajar”, pero siempre a la espera de ser revalorizada por gente laboriosa.

Según Chomsky (2004) y Said (2014), detrás de las buenas intenciones siempre se esconden los intereses económicos que buscan a toda costa el vasallaje sobre otros. Incluso

pensadores que son considerablemente reconocidos, por hablar de la injusticia y la opresión en contra de los desfavorecidos, también han encontrado en la teoría imperialista argumentos suficientes para hablar en favor de la práctica colonialista, en donde la libertad, el gobierno representativo y la felicidad individual es solo un privilegio que debe aplicarse a occidente. Las palabras de Fromm (2015) son más ciertas hoy que ayer, pues los sentimientos de superioridad siempre encuentran pruebas en la realidad o la ficción para justificar sus deseos de conquista, llevar a cabo actos de discriminación o de destrucción.

Aunque el exterminio y la conquista cada vez ocurren menos, no puede negarse que hay una mentalidad colonial que convierte a la economía en un poder global, en donde los países de todo el mundo no solo están avasallados por el poder militar de las grandes potencias, también por los intereses comerciales y financieros de las mismas (Stiglitz, 2010). En los países subdesarrollados, la soberanía de un Estado no es más que una ilusión, al grado de que el propio Wallerstein (2016) la define como la existencia legítima de interferencia de un Estado sobre otro, debido a la capacidad de los Estados más poderosos de generar más capital. Sin embargo, agrega que esa acumulación solamente es posible en una relación centro-periferia, en donde se desvía todo el excedente económico al centro en detrimento de la periferia, lo que le permite tener ventajas adicionales y competitivas, continuar y afianzar sus propios procesos de desarrollo, además de aplicar medidas de dominación en el interior y exterior de los Estados.

Basta decir que “podemos llamar ‘periferia’ a la zona perdedora y ‘centro’ a la ganadora” (Wallerstein, 2016, p. 22). Visto así, el subdesarrollo se asemeja a un juego de suma cero, donde la ganancia de unos equivale a la pérdida de otros, pues no puede haber ganadores sin vencidos (Bauman, Zigmunt & Tester, Keith, 2002) y no puede haber desarrollo sin subdesarrollo. Más explícitamente, como lo concibe Sousa Santos (2009), el mundo occidental no se puede entender sin la privatización, la explotación infantil, el desplazamiento forzado, la miseria de las fábricas y la degeneración de las tierras de las zonas subdesarrolladas.

Diversos autores concuerdan en que el subdesarrollo es una forma de ser, un sistema de acumulación (de capital, tierras y legitimidad ideológica), un poder; un poder diseñado para favorecer el desarrollo acelerado del centro y el estancamiento económico de las periferias, ya sea extrayendo materias primas o mano de obra barata para las industrias de los Estados capitalistas más avanzados, o incentivando una política de libre mercado para

sus productos manufacturados. El subdesarrollo es, sobre todo, un sistema de subyugación y marginalización incapaz de reconocer sus propios riesgos o dar cuenta de otras posibilidades, y lo único que puede poner en marcha es la explotación, la proletarización, la represión policial, la inmovilización del capital humano, la deshumanización, la migración, el silencio científico y el sufrimiento, pero sobre todo la miseria (Beck, 1998; Lomntiz, 2006; Said, 2014; Sousa, 2009).

Lo único que florece en el subdesarrollo es la incertidumbre; es decir, la impotencia de no poder hacer nada, pues las personas que viven bajo su sombra no tienen ni voz ni control sobre su propio destino, y no tienen más alternativa que la de reproducirse y reproducir para sí mismos la miseria, pues aun cuando trabajen más duro y más esforzadamente que las demás personas con recursos y oportunidades, su único legado es la pobreza (Bauman Z. , 2002; Said, 2014). Como expresa Stiglitz (2010), no dejan de ser víctimas de los círculos viciosos de la miseria, en donde cualquier imprevisto, accidente, anomalía o mala decisión representa un riesgo fatal, que no hace otra cosa que empeorar su situación y exacerbar la desigualdad, lo que los obliga a dejar de ser un sujeto social, para convertirse en un enfermo clínico.

En los análisis de Bauman (2004), Elías (2018) y Foucault (2012), se destaca que un enfermo clínico es, en cierto modo, un individuo sin propósito; en otras palabras, es la pérdida de sí mismo, es un estigma permanente donde un sujeto social es considerado como una carga para los demás, un incapacitado, una persona que no pertenece a ninguna clase, ni tiene derechos y, por lo tanto, tampoco ninguna esperanza de redención.

La sociedad ha dado vuelcos tan radicales y sufrido cambios tan abruptos, que el “roba porque es malo” ha transitado al “roba porque es pobre” (Foucault, 1992, p. 101). Esta frase demuestra que el discurso sobre la pobreza se ha criminalizado. Diversos autores describen que en el mundo no hay lugar para los desperdicios humanos, los pobres y los marginados, los perseguidos y los malaventurados ya no son hijos de la iglesia, ya no son los hijos predilectos de Dios en espera de consuelo y regocijo en un paraíso eterno. Tampoco forman parte del ejército de reserva ni de la dictadura del proletariado de la que hablaba Marx. No son los idiotas útiles, una fuerza indisciplinada, pero poderosa como lo decía Lenin, mucho menos son consumidores frustrados para el mercado; más bien, son una masa amorfa, confinada a vivir en la miseria en la espera de convertirse en fuerzas de choque o vigilancia para el Estado o asociaciones criminales. Llegados hasta aquí, es innegable que el subdesarrollo se ha convertido en un poder, un arte de gobernar que ha afianzado a la miseria como una fuerza

que se sobrepone a cualquier cambio, resistencia y rebelión (Bauman Z. , 2007; Bauman Z. , 2004; Foucault, 1992; Marcuse, 1984; Montaña, 1979).

Los dogmas económicos en una economía imaginada

En la sociedad actual, el desarrollo se ha convertido en un concepto objetivo e indiscutible, a menudo se insta a dejar atrás el pasado y a apostar por el futuro; a deshacerse de todo lo que sea un obstáculo, así sean personas, saberes, tradiciones o prácticas sociales. El camino recomendado es optar por lo nuevo, ya sea adquiriendo nuevas habilidades o estableciendo nuevos contactos. La meta siempre es incorporarse a los modos de vida de las naciones más modernas, donde el crecimiento económico y la democracia parecen ser el efecto natural del urbanismo europeizado y de la industrialización (Nels, 1981; Martín, 2010).

En el libro de Elster, Tuercas y tornillos, se recata una frase que Marx escribió en una carta, en donde dice: “la civilización a menudo deja un desierto tras de sí” (Elster, 1996, p. 159). Basta decir que resulta ser una frase bastante significativa, en donde se enfatiza el exorbitante precio que se paga por confeccionar a la sociedad tal y como se conoce; sin ninguna duda, también se refiere a la disposición de sacrificarse en favor del desarrollo, hasta el punto de que ser capaces de creer que la tragedia es una condición para el auge económico, a convertirse en ese Prometeo que describe Marcuse (1970): individuos dispuestos a vivir encadenados y sufrir un dolor perpetuo e insoportable a costa de experimentar una vida mejor.

No obstante, es necesario decir que los países subdesarrollados arriesgan más que un hígado y son víctimas de algo más que solo la furia de los dioses. Su condición de desigualdad con otros países y fuerzas financieras los dejan en una situación vulnerable y sumisa frente a las políticas neoliberales de estos días, las cuales destruyen su economía local, los hacen dependientes del capital y la tecnología extranjera, los exponen a las demandas de los monopolios que acumulan un poder económico y político desmedido dentro de sus fronteras, así como también al cierre de empresas públicas y la erradicación de cultivos o productos con un alto valor estratégico y competitivo (Lomntiz, 2006; Stiglitz, 2010). A decir verdad, vivir en un estado de subdesarrollo es vivir en un estado de represión y de empobrecimiento mental, significa poner en riesgo la libertad y los recursos de un país con la única promesa de que la mecanización, el conocimiento técnico y la satisfacción de algunas

necesidades rindan frutos para tener la oportunidad para formar parte del exclusivo grupo de los países desarrollados (Elster, 1996; Marcuse, 1970).

Más profundamente, el subdesarrollo está tan comprometido con la idea de que la transición a estándares de vida más “progresistas” depende únicamente de la importación de nuevos productos y avances técnicos, que tiende a dejar de lado que esa misma exigencia agrava la crisis, multiplica los riesgos y estimula la especulación, la explotación y nuevas formas de represión en sus territorios (Martín, 2010).

Según Iván Illich (2015), es fácil distorsionar la realidad cuando se cofunde un proceso social con un servicio. Así, se ve salud solo porque se construye un hospital; educación porque hay una escuela; seguridad porque hay policías rondando en las calles y empleo y tecnología solo porque empresas transnacionales decidieron asentarse en México. A decir verdad, Lomnitz (2006) deja en claro que esa confusión que existe entre un servicio y un proceso social no hace otra cosa que acelerar la desarticulación de las formas de vida y, con ello, la única oportunidad de hacerle frente y encontrar un resguardo de la incertidumbre económica. Lo único que se logra es conformar una cultura de la pobreza y un discurso que califica a los saberes y a las prácticas sociales como “incompetentes”, “ingenuas”, “inferiores” y “marginales”.

Si bien es cierto que la vida sin los avances de la sociedad occidental es simplemente inconcebible, las instituciones, el conocimiento científico, las medicinas, los automóviles, los supermercados, la infraestructura urbana, los productos enlatados y las computadoras han mejorado las condiciones de vida. También es cierto que en las regiones subdesarrolladas, esos “avances” muchas veces resultan ser contraproducentes, dado que los estándares de vida que generan solo son posibles bajo ciertos parámetros económicos, principios y prácticas que no toman en cuenta un contexto social regido por la violencia, la guerra civil, el narcotráfico, la corrupción o la segregación. Más puntualmente, habría que considerar que el estilo de vida de los países desarrollados en los subdesarrollados pone en riesgo el derecho de las personas a ser consideradas sujetos sociales; es decir, se pone en duda la capacidad de los individuos de transformar su propio entorno social (Illich, 2015; Sousa, 2009).

Es innegable que el subdesarrollo es una fuerza institucionalizada en el capitalismo actual; aunque se afirma con mucha seguridad que la sociedad se caracteriza por trabajadores en la lucha por sobrevivir y capitalistas en conflicto por la acumulación, Wallerstein (2016) afirma que la ideología capitalista es más compleja. El capitalismo no se puede dar, si no se

cumplen ciertos procesos que solo el Estado puede poner en marcha; incluso la acumulación de capital, aunque vedada y distorsionada por los intereses de cada capitalista, se trata de una serie de caminos trillados y reglas institucionalizadas que los capitalistas tienen que seguir si no quieren caer en bancarrota.

De tal forma, no es extraño que las compañías transnacionales se preocupan más por los intereses que pregonan el subdesarrollo (la privatización y el control de la inflación) que por el bienestar social y la participación política. Según Stiglitz (2010), incluso las instituciones internacionales como la Organización Mundial del Comercio y el Fondo Monetario Internacional han hecho a un lado las tareas por las cuales fueron concebidas (poner orden a los acuerdos comerciales y garantizar la estabilidad económica), para dedicarse en cuerpo y alma en promover la idea de que el mundo solamente funciona bajo principios económicos.

Salta a la vista para Stiglitz (2010), quien trabajó como asesor del Banco Mundial, que las instituciones internacionales y la comunidad financiera están coludidas y son dirigidas por las mismas personas, dentro de ellas opera el sistema de puertas giratorias, un sistema que permite que los mismos individuos transiten de las instituciones públicas a los espacios privados, todo con el objetivo de que puedan cosechar los beneficios de su servicio público.

Ambas organizaciones trabajan bajo una cultura del secretismo, una ideología económica y una jerarquía organizativa que es poco probable que puedan reformarse, pero que hace posible no solo que se puedan cometer delitos financieros, sino que también se defiendan intereses privados, se eviten responsabilidades, se silencien otras voces y se censuren puntos de vista ajenos a las instituciones. Sin olvidar que en el mundo se ha formado un dogma económico que defiende el desarrollo del subdesarrollo, que confunde fines con medios, que promueve medidas económicas que no se someten a cuestión y que se aplican a cualquier circunstancia, aun cuando se han demostrado los desastres que provocan en las regiones subdesarrolladas (Stiglitz, 2010).

A la luz de lo dicho, Stiglitz (2010) continúa diciendo que entre las instituciones internacionales y los países clientes, permea una relación desigual en donde ha prevalecido una “mentalidad colonial” y una “economía deshumanizante” que no toma en cuenta que los individuos son reales, que las políticas que se recomiendan solo benefician a una minoría a expensas de una mayoría y no aseguran un crecimiento sostenido, pues se tratan de políticas intervencionistas que solo intensifican las crisis económicas, los conflictos armados, la migración, el despojo, la violencia y los recortes a la salud, la educación y a los alimentos; y,

por lo tanto, lo único que pueden generar son sentimientos de desilusión, de inferioridad y de resentimiento.

Aunque nadie obliga a los países subdesarrollados a seguir las condiciones que se les imponen, lo cierto es que no pueden entablar un debate democrático para cambiar sus condiciones, determinar su futuro o proponer alternativas económicas. La influencia de los organismos internacionales es tanta, que cualquier chispa de rebelión se apaga con la negativa de un préstamo, o con la amenaza de ser expulsado del financiamiento internacional (Stiglitz, 2010).

La economía se ha sobrepuesto a todo lo demás. Algunos autores como Aymarta Sen (1989) afirman que la ciencia económica se ha distanciado de la ética y se ha encargado solamente del funcionamiento de los mercados y del arte de gobernar; otros, como Jon Elster (1996), afirman que se ha implementado la idea de que todas las elecciones son racionales y basadas en la utilidad, una hipótesis debatible, cuando todos difieren en oportunidades y deseos, sumado al hecho de que la racionalidad no es un mecanismo infalible, se puede estar equivocado racionalmente y persistir en el error aun cuando las pruebas están ahí.

Sin duda, para economistas como Stiglitz (2010), el mayor reto para la economía es ejercerla sobre una base real y no una ideal. El autor asegura que la mayoría de las veces se trabaja con modelos económicos sacados de un libro de texto, en donde la economía funciona a la perfección; no obstante, la realidad es compleja y no se puede esperar que las medidas recomendadas por las instituciones financieras funcionen como una receta, sobre todo cuando se ha demostrado que son incapaces de identificar los problemas y los retos a los que se enfrentan los países subdesarrollados. Al final, se debe cuestionar el subdesarrollo y reconocer, como lo hace Fromm (2015), la diferencia entre una ideología y una ciencia, pues mientras que una ideología se cree a sí misma infalible, la ciencia reconoce sus limitaciones y renuncia a toda pretensión de omnipotencia.

Reflexiones finales: los saberes locales frente a la incertidumbre económica

Nuestra realidad se antepone a la política económica que se pregona en el mundo; queda claro que un sistema económico que aumenta sus utilidades a través de otros no puede sostenerse por mucho tiempo (Sen, 1989). El desarrollo, según Stiglitz (2010), tiene que significar algo más que el enriquecimiento sin límites de algunos individuos, el proteccionismo de

unas pocas industrias y el auge de algunas tiendas de marca. A decir verdad, no puede haber desarrollo sin estabilidad económica, y no puede haber estabilidad económica sin estabilidad social. Se ha demostrado que la disminución de las desigualdades salariales, el derecho a los recursos y las oportunidades educativas generan cohesión social y política, y estas a su vez producen un buen clima empresarial, el cual es un gran estimulante para la inversión extranjera.

Por otra parte, el subdesarrollo no puede encontrar su fin si no se cuestiona el globalismo económico (Beck, 1998), para acabar con el subdesarrollo se tiene que repartir la riqueza equitativamente, complementar los servicios públicos con los privados, reformar las instituciones internacionales e iniciar la construcción de una comunidad global con reglas equitativas, marcos regulatorios y espacios verdaderamente competitivos (Nels, 1981; Stiglitz, 2010).

A menudo olvidamos que la sociedad y la economía son una construcción social, y como tales, son proclives al cambio, como dice Bauman (2002): las cosas siempre pueden ser diferentes de lo que son; por eso el papel de la ciencia es el de mantener una construcción constante sobre la sociedad, ya sea abriendo el debate (por supuesto, sin detenerse y anticiparse) sobre aquello que nos acongoja, ya sea cambiando términos y perspectivas sobre lo que creemos es irresoluble, como enfatiza Said (2014), o bien siguiendo la perspectiva de Foucault (1992) sobre el poder y dedicarse a descubrir los diferentes tipos de arte de gobernar que conforman al mismo.

El trabajo científico debe anteponerse al enfoque desinteresado y sin contacto físico de los dogmas económicos. La ciencia no produce instrucciones infalibles, da herramientas y siempre en participación conjunta con las personas “reales”, en concordia a sus contextos y oportunidades, con el único fin de que puedan tomar decisiones informadas y sean plenamente conscientes de los riesgos que tienen las mismas (Sen, 1989; Stiglitz, 2010).

No hay un único camino al desarrollo, la economía es diferente en todos los rincones del mundo porque los Estados han jugado diferentes papeles en la historia global; por lo tanto, no hay razones para generalizar una receta del éxito económico (Stiglitz, 2010). Para hacer a un lado el saber local, al final de cuentas, lo único con lo que contamos para hacer frente a las incertidumbres económicas que provoca el subdesarrollo es la tradición y las relaciones sociales (Foucault, 1992; Martín, 2010), que convertidas en recursos económicos son capaces

de reforzar la solidaridad y convertirse en un importante mecanismo de emergencia y seguridad social (Lomntiz, 2006).

Referencias

- Arcand, B. (1993). *El jaguar y el oso hormiguero. Antropología de la pornografía*. Nueva visión.
- Baudrillard, J. (2016). *El sistema de los objetos*. Siglo XXI.
- Bauman, Z. (2002). *En busca de la política*. Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2004). *La sociedad sitiada*. Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2007). *Vida de consumo*. Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. y Tester, K. (2002). *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*. Paidós.
- Beck, U. (1998). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Paidós.
- Bourdieu, P. (2016). *Sobre la televisión*. Anagrama.
- Chomsky, N. (2004). *Hegemonía o supervivencia. La estrategia imperialista de los Estados Unidos*. Ediciones B.
- Elías, N. (2018). *La sociedad de los moribundos*. Fondo de Cultura Económica.
- Elster, J. (1996). *Tuercas y tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*. Gedisa.
- Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*. Ediciones de la piqueta.
- _____ (2007). *El nacimiento de la biopolítica*. Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2012). *El nacimiento de la clínica*. Siglo XXI.
- Fromm, E. (2015). *El corazón del hombre. Su potencia para el bien y el mal*. Fondo de Cultura Económica.
- Illich, I. (2015). *Obras reunidas I*. Fondo de Cultura Económica.
- Le Brun, A. (2004). *Del exceso de realidad*. Fondo de Cultura Económica.
- Lipovetsky, G. y Serroy, J. (2015). *La estetización del mundo. Vivir en la época del capitalismo artístico*. Anagrama.
- Lomntiz, L. (2006). *Cómo sobreviven los marginados*. Siglo XXI.

- Marcuse, H. (1970). *Eros y civilización. Una investigación filosófica sobre Freud*. Joaquín Mortiz.
- Marcuse, H. (1984). *El hombre unidimensional*. Joaquín Mortiz.
- Martín, B. J. (2010). *De los medios a las mediaciones*. Anthropos.
- Montaño, J. (1979). *Los pobres de la ciudad en los asentamientos espontáneos*. Siglo XXI.
- Nels, A. (1981). *Sociología de la comunidad urbana. Una perspectiva mundial*. Fondo de Cultura Económica.
- Nietzsche, F. (2012). *Ocaso de los ídolos*. Metas.
- Said, E. (2014). *La cuestión palestina*. Debate.
- Sen, A. (1989). *Sobre ética y economía*. Alianza Universidad.
- Soja, E. (2014). *En busca de la justicia espacial*. Tirant Humanidades.
- Sousa, S. B. (2009). *Una epistemología del sur. La reinención del conocimiento y la emancipación social*. Siglo XXI, CLACSO.
- Stavenhagen, R. (1974). *Sociología y subdesarrollo*. Nuestro Tiempo.
- Stiglitz, J. (2010). *El malestar en la globalización*. Punto de lectura.
- Wallerstein, I. (2016). *El capitalismo histórico*. Siglo XXI.
- Žižek, S. (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Paidós.
- _____. (2017). *El acoso de la fantasías*. Siglo XXI.